

Coello, Óscar. *Los orígenes de la novela castellana en el Perú: La toma del Cuzco* (1539) Fuentes, estudio crítico y textos¹

El destacado académico sanmarquino Óscar Coello nos entrega un valioso libro que enriquece su producción bibliográfica de trabajos dedicados a la literatura colonial, a la que también pertenece su notable volumen anterior, *Los inicios de la poesía castellana en el Perú* (2.ª edición 2001).

En esta ocasión, Coello asume el rol de diligente editor, de exegeta exhaustivo y de entusiasta revaluador crítico de un texto que se escribió en el Perú en el siglo XVI, y al que propone denominar *La toma del Cuzco*; le asigna por primera vez la condición de novela y ratifica la autoría de Diego de Silva. Cabe indicar que hasta antes de estas novedosas propuestas, dicho texto era conocido tradicionalmente como *La relación del sitio del Cuzco* y se le atribuía el valor de una fuente histórica colonial que había sido escrita por un autor desconocido.

El libro de Coello es fruto de un trabajo arduo y pormenorizado² y la propuesta global que logra desarrollar es ambiciosa pues pretende —semióticamente hablando—³ realizar un programa de desposesión y luego otro de apropiación narrativo-cognoscitivo de un objeto de valor que en este caso es el manuscrito al que, como ya hemos dicho, propone llamar de ahora en adelante *La toma del Cuzco*, en una suerte de nuevo bautizo terminológico que el autor se encarga de fundamentar paso a paso. Por ello, nos recuerda que aunque se terminó de escribir en 1539, la primera edición en forma de libro es de 1879⁴ (340 años después de la redacción original), aunque los historiadores dieron cuenta a lo largo de los siglos de la existencia y contenido de aquél, pero incurrieron en algunas inexactitudes que Coello corrige en su edición.

1 Lima, Academia Peruana de la Lengua. UNMSM (Unidad de Posgrado de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 2008), 1.ª Edición, 552 pp.

2 Tiene 6 capítulos e incluye el texto estudiado en dos versiones: una modernizada y otra paleográfica a partir de la visión directa del manuscrito original que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

3 El autor del libro también ha publicado un *Manual de Semiótica clásica* (2007).

4 Los primeros editores se llamaron Feliciano Ramírez de Arellano, marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón.

Volviendo al citado programa narrativo de desposesión/apropiación realizado por el autor, cabe señalar que el punto de partida es la especial importancia literaria que le concede al citado texto, sin que eso implique negarle el valor histórico que también tiene como documento que recrea una etapa dramática de nuestra historia: la pugna por la tierra y el poder entre indios y españoles, estos últimos entre sí (los Pizarro vs. los Almagro); y hasta los indígenas unos contra otros.

La estrategia desplegada por Coello ha consistido, pues, en extraer el citado manuscrito de los dominios de ciencia histórica donde ha estado hasta la fecha y ubicarlo en el campo literario, dentro del cual le asigna la inédita condición de novela, con lo cual está planteando que dicho género se iniciaría entre nosotros en una fecha tan temprana (en la primera mitad del siglo XVI, es decir, en la centuria de la Conquista). Para fundamentar este ambicioso designio histórico-crítico, Coello realiza un largo trabajo textual, cuyos hitos más significativos pasamos a exponer.

En el Capítulo I, «Estudio de Fuentes», hace un indispensable y esclarecedor deslinde filológico y biográfico que comienza con las noticias sobre la existencia misma del manuscrito (la primera mención aparece en el Epítome de León Pinelo, en 1629 y allí figura ya con el inexacto nombre de *Relación de las guerras de los Pizarros i Almagros* y se atribuye erróneamente la autoría al famoso Fray Vicente de Valverde, socio de la Conquista y primer obispo del Cuzco en esos años).

Después se nos informa acerca de la primera edición y de las que siguieron a esta y, con la ayuda de los datos del propio texto, se fija el lugar y la fecha de escritura (Cuzco, abril de 1539). Y como el asunto de la autoría estuvo en duda durante un buen tiempo, Coello acude a las investigaciones del maestro Raúl Porras para asumir la tesis de que el autor del manuscrito es Diego de Silva. Traza, además, una síntesis biográfica del escritor y conquistador y gracias a ella se advierte la estrecha relación que tuvo con las letras españolas (fue nieto e hijo de escritores) y aun apadrinó, en 1539, al recién nacido y futuro Inca Garcilaso de la Vega.

Establecidas estas precisiones, el Capítulo II, «Contextualización», examina el texto para determinar en cuál de los géneros discursivos de la época se ubica con más exactitud: relación, carta, crónica, historia o novela. Después de la compulsiva se llega a la conclusión de que el manuscrito debe ser considerado en el ámbito de la novela, género que estaba en sus inicios por esa época. Para sustentar esta hipótesis, el Capítulo III, «Los orígenes de la novela castellana en el Perú», profundiza en el esclarecimiento estructural e histórico del género, pues este es el más controversial, difícil de definir (Bobes Naves), sus leyes nunca han sido fijadas (Kristeva) y es el único género en proceso de formación, todavía no cristalizado (Bajtín).

A fin de ratificar la pertenencia de *La toma del Cuzco* a la especie novelística, Coello revisa la teoría de la novela en el siglo XVI y advierte que incluso cuando Cervantes publica *El Quijote* (1605), el concepto sobre el género no estaba claro y el mismo Manco de Lepanto nunca llamó a su máxima creación novela sino simplemente historia. Y reservó el controvertido nombre para el cuento largo o la novela corta, como se colige del título de su libro *Novelas Ejemplares*.

En el afán de llegar a justificar plenamente la ubicación de la obra estudiada en el campo de la novela, Coello esclarece los nexos que ella tiene tanto con las novelas de caballería como con obras que surgieron antes o después en el contexto de las letras hispanoamericanas coloniales. Entre estas últimas figuran *La Araucana*, *La Cristiada* y aun los *Comentarios Reales* que se publicó 70 años después de *La toma del Cuzco*; pero por los estrechos vínculos de esta obra con los cantares de gesta y con la épica castellana, Coello concluye este capítulo ubicándola en los predios de la primigenia novela histórica.

El Capítulo IV, «Las acciones novelescas», está dedicado a presentar el desarrollo de los sucesos a partir de las páginas del texto estudiado. Esta lectura comentada prueba el carácter predominante de novela de acción del manuscrito del siglo XVI, aunque para elaborar el extenso recuento de los hechos de armas, Coello se basa en la versión modernizada que él mismo ha preparado y que incluye en el libro, después de

los capítulos de análisis (páginas 247-404: prólogo y 17 capítulos). Al lector de hoy estas páginas lo familiarizan con el complejo mundo novelesco en el que los personajes que combaten y mueren son hombres de culturas, cosmovisiones, religiones e intereses contrapuestos; empero, todos ellos son parte de lo que ha llegado a ser el Perú actual, con sus divisiones y conflictos irresueltos.

A su vez, el Capítulo V, «El estatuto ficcional de la novela», retoma el trabajo exegético para fundamentar con más argumentos y categorías la naturaleza esencialmente literaria que distingue a *La toma del Cuzco*, a pesar de su evidente ligazón con sucesos históricos que le sirven de materia prima. En esta parte, Coello recurre al auxilio de la Narratología con el propósito de subrayar el perfil artístico que singulariza a su objeto de estudio en tanto es una unidad autónoma que posee un valor simbólico para una sociedad.

Como ocurre cuando se analiza un relato, la determinación del tipo de narrador o narradores empleados en el texto es fundamental para conocer el modo en que se organiza el mundo novelesco. Coello señala que el de *La toma del Cuzco* es un narrador manipulador que conduce los hilos del discurso apelando a diferentes técnicas (elipsis, analepsis, prolepsis, etc.), con el fin de hacer que lo ficticio parezca verdadero y de ese modo persuada al lector. También es interesante el análisis del modo en que el narrador ha manejado el tiempo, de tal suerte que ha presentado sucesos verificados en espacios y tiempos diversos, y así ha ampliado y enriquecido el mundo representado de la ficción (la Sierra y la Costa aparecen una y otra vez en el curso de las acciones). Asimismo cabe destacar la exhaustividad con que Coello examina la configuración artística del héroe, pues en toda ficción épica (y la novela lo es) sobresale siempre la figura de un protagonista de relieve. En este caso, dicho rol corresponde a Hernando Pizarro.

El asedio crítico a *La toma del Cuzco* concluye con el Capítulo VI, «Otras notas acerca del relato», y se complementa con el anterior, pues Coello apela a algunas otras herramientas semióticas para recalcar la validez del nombre de la obra basándose en que el eje de la acción gira

alrededor de la lucha por la posesión definitiva de la ciudad sagrada de los Incas, propósito que finalmente logra Hernando Pizarro con la ayuda de sus huestes y de los "indios amigos". Se examina, además, el estatuto de la enunciación y se acude al auxilio de la retórica del Prerrenacimiento con el fin de identificar y explicar la presencia de diversos recursos retóricos. En otro apartado del capítulo se pasa revista a los personajes principales y secundarios, héroes y anti-héroes, indios y españoles que desfilan por las páginas del relato de Diego de Silva. Y aun se resalta la importancia que los caballos tuvieron en la gesta de la Conquista.

En suma, nos encontramos con un libro que nos permite detenernos en los sucesos de una época muy lejana, pero que está vinculada con nuestro tiempo e identidad. Gracias al trabajo de Coello podremos sumergirnos en la prosa épica de Silva para ver de qué modo recreó artísticamente una coyuntura crucial de nuestro proceso histórico y sentó las bases del desarrollo de nuestras letras. Consideramos que su propuesta de leer literariamente *La toma del Cuzco* es un reto que renovará el interés por profundizar en el conocimiento de esa etapa de nuestra literatura. (Antonio González Montes)